



La vocación y misión de los Institutos de teología y pastoral Frente al desafío de formar discípulos misioneros, a la luz de Aparecida

Leonidas Ortiz Lozada*

Sumario

El padre Leonidas Ortiz, en este artículo resalta una serie de elementos relativos a la identidad y misión de los institutos de teología y pastoral en el contexto latinoamericano. Enmarca sus reflexiones teniendo como punto de partida el contexto actual y como marco de referencia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, en relación a la cual se realizaron el Segundo y el Tercer Encuentro de Institutos de Teología y pastoral, en el 2006 y 2009, respectivamente. Señala como el principal reto para los institutos de formación hoy: “demostrar la capacidad de formar discípulos misioneros que vivan y comuniquen una vida nueva en Jesús”.

Palabras clave: Institutos de teología, Itepal, Encuentro de Institutos

* Sacerdote diocesano; Director del Observatorio Pastoral del CELAM. Es Magíster en Orientación y Asesoría Educativa, Licenciado en Filosofía, Teología y Formación Sacerdotal; observatorio@celam.org

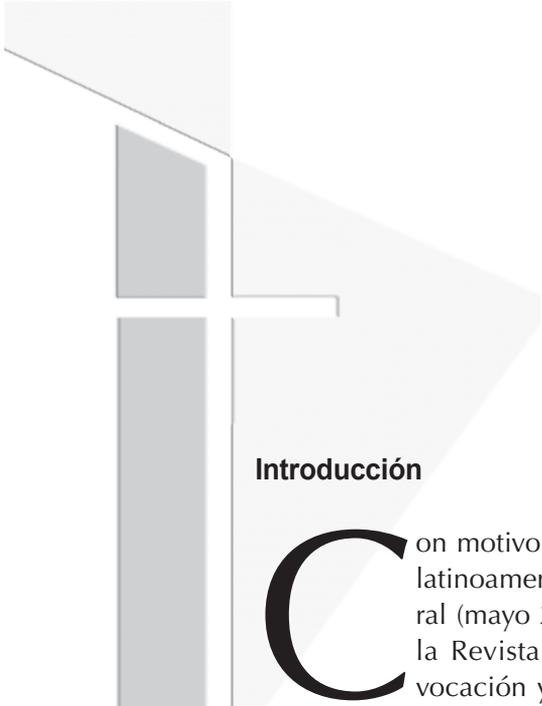


The vocation and mission of the theology and pastoral Institutes Upon the challenge of shaping or instructing missionaries, in light of Aparecida

Abstract

In this article, father Leonidas Ortiz highlights a series of elements relative to the identity and mission of the Institutes of theology and pastoral in the Latin-American context. The article entails father Ortiz's reflections in which the starting point is the current context and as the a reference point the V General Conference of the Latin-American Episcopate in Aparecida, with relation to the Second and Third encounter of Theological and Pastoral Institutes in 2006 and 2009, respectively. The author also highlights as the principal challenge for the theologian formation centers of today: to "demonstrate the capacity of these institutes to instruct or shape missionary disciples who live and communicate a new live in Jesus Christ".

Key Words: Theology Institutes, Itepal, Encounter amongst Institutes.



Introducción

Con motivo de la realización del Tercer encuentro latinoamericano de Institutos de Teología y Pastoral (mayo 27-29 de 2009), se me ha pedido para la Revista Medellín unas reflexiones sobre “La vocación y misión de los institutos de teología y pastoral frente al desafío de formar discípulos y misioneros”, a la luz de Aparecida, especialmente de los números 344-345. Estos números fueron fruto del II Encuentro de Institutos Teológico Pastorales, convocado por el Instituto Teológico Pastoral para América Latina-ITEPAL del CELAM, del 27 al 29 de Julio de 2006 en Bogotá.

1. Aparecida y el II Encuentro de Institutos Teológicos

Cuando se realizó el II Encuentro de Institutos Teológicos se tenía muy claro el reto que implicaba, para los centros de formación de agentes de pastoral, la celebración de este evento eclesial latinoamericano y caribeño:

“La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se celebrará en Aparecida en Mayo de 2007, con el tema “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, y con el lema “Jesucristo, camino, verdad y vida”, se constituye, para los Institutos de formación de agentes pastorales del Continente, en un auténtico desafío que nos impulsa a renovar no sólo los programas sino el mismo enfoque de los procesos formativos. La formación de los discípulos y discípulas del Señor, debe tener como meta fundamental la identificación con Jesucristo hasta llegar a tener “los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a



Cristo Jesús” (Flp 2, 5), como dice san Pablo. (Cf. Documento de Participación, No. 54)”¹.

Por eso, se presentaron diversas reflexiones en forma de propuestas que fueron, luego, tenidas en cuenta en Aparecida. El mismo título de las conclusiones del II Encuentro explicitaba el querer de los directores y responsables de los centros: “*Propuestas hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*”.

Los puntos que fueron acogidos en la V Conferencia hicieron relación con algunos aspectos del “Ver” la realidad de los Institutos y con otros del “Actuar” o de las propuestas concretas. En el campo de las verificaciones, en el II Encuentro de Institutos se decía:

“En las últimas décadas en América Latina y El Caribe observamos el surgimiento de diversos Institutos de Teología y Pastoral orientados a la formación y actualización de agentes de pastoral, y con menor suerte a la investigación y publicación de materiales. En este camino se ha logrado crear espacios de dialogo, discusión y búsqueda de respuestas adecuadas a los enormes desafíos que enfrenta la evangelización en el Continente. Asimismo, se han podido formar innumerables líderes al servicio de las Iglesias particulares”. (No. 2).

En el Documento Conclusivo de Aparecida quedó registrado en la siguiente forma:

En las últimas décadas, en América Latina y El Caribe, observamos el surgimiento de diversos Institutos de Teología y Pastoral orientados a la formación y actualización de agentes de pastoral. En este camino, se ha logrado crear espacios de diálogo, discusión y búsqueda de respuestas adecuadas a los enormes desafíos que enfrenta la evangelización en el Continente. Asimismo, se han podido formar innumerables líderes al servicio de las Iglesias particulares. (DA 344).

¹ Conclusiones II Encuentro de Institutos Teológico Pastorales de América Latina, 2006, No. 5. En adelante se citará con la sigla IIEncITP.

En el campo de las propuestas, en el II Encuentro de Institutos se urgía a:

- “Fomentar la investigación teológica y pastoral de cara a los desafíos de la nueva realidad social, plural, diferenciada y globalizada, a fin de permanecer atentos a los signos de los tiempos y buscar nuevas respuestas a los desafíos presentes”².
- “Valorar el Magisterio latinoamericano, así como la reflexión filosófica, teológica y pastoral de nuestras Iglesias y de sus centros de formación e investigación, a fin de fortalecer nuestra propia identidad, desarrollar la creatividad pastoral y potenciar lo nuestro, sin depender excesivamente de propuestas ajenas”³.
- “Procurar una mayor utilización de los servicios que ofrecen los Institutos de formación teológica pastoral existentes y mantener un diálogo fluido y frecuente entre los mismos”⁴.
- “Destinar más recursos y esfuerzos conjuntos en la formación de laicos y laicas”⁵.

En el Documento Conclusivo de Aparecida, estas propuestas quedaron registradas en la siguiente forma:

*Invitamos a valorar la rica reflexión postconciliar de la Iglesia presente en América Latina y El Caribe, así como la reflexión filosófica, teológica y pastoral de nuestras Iglesias y de sus centros de formación e investigación, a fin de **fortalecer nuestra propia identidad, desarrollar la creatividad pastoral y potenciar lo nuestro**. Es necesario fomentar el estudio y la investigación teológica y pastoral de cara a los desafíos de la nueva realidad social, plural, diferenciada y globalizada, buscando nuevas respuestas que den sustento a la fe y vivencia del discipulado de los agentes de pastoral. Sugerimos también una mayor utilización de los servicios que ofrecen los institutos de*

² II EncI TP 4,10.

³ Ibidem 4,11.

⁴ Ibidem 4,12.

⁵ Ibidem 4,6.



formación teológica pastoral existentes, promoviendo el diálogo entre los mismos y destinar más recursos y esfuerzos conjuntos en la formación de laicos y laicas. (DA 345).

Como podemos ver, las sugerencias más importantes del II Encuentro de Institutos fueron acogidas con generosidad por los señores Obispos en Aparecida.

2. El mayor reto que tiene la Iglesia hoy

Los números 344 y 345 tenemos que verlos dentro del amplio contexto de la formación discipular. Aparecida le dio mucha importancia a la formación. En primer lugar, la presentó como el mayor desafío que tiene que afrontar la Iglesia, en todos sus niveles, en estos momentos:

“Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio -¡su servicio!- que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones⁶” (DA 14).

En segundo lugar, asumió la tarea de la formación como una de sus opciones fundamentales. En el Documento de Aparecida tan solo dos veces se habla de opciones: por la vida y por la formación. Cuando habla de la opción por la vida, recuerda la famosa afirmación de San Ireneo: “la gloria de Dios es el hombre viviente” (DA 417). Y cuando se refiere a la opción por la formación discipular, la extiende a todos los bautizados:

“La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara

⁶ Cf. EN 1.



y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia". (DA 276).

3. La realidad de la formación en América Latina y el Caribe

En la década del 90 se hizo una encuesta sobre la formación recibida en doctrina social de la Iglesia, por parte de los agentes pastorales que estaban prestando sus servicios en las oficinas de pastoral social de los diversos países de la región. Con tristeza, pero no con mucha sorpresa, se comprobó que cerca del 90% de quienes estaban vinculados a la pastoral social, no se habían preparado adecuadamente en la dimensión social de su fe y en el compromiso social de la Iglesia. Esos mismos resultados se hubieran podido obtener en otras áreas de la pastoral. Hoy día las cosas han cambiado, pero no lo suficiente como nos lo dice, los Obispos en la V Conferencia.

1.1. Logros

En el Documento de Aparecida se constatan los principales **logros** que se han alcanzado en el campo de la formación.

Se dice expresamente que se ha avanzado en la formación de generosos catequistas, lo cual ha renovado la Catequesis. (99 a); y se hace un gran esfuerzo por la formación en nuestros seminarios, en las casas de formación para la vida consagrada y en las escuelas para el diaconado permanente (99 c). De otra parte, se constata el interés por la formación de los laicos en doctrina social de la Iglesia y por su formación teológica en general (99 f); y se valora y agradece que la inmensa mayoría de los presbíteros saquen tiempo para su formación permanente (191).

1.2. Necesidades y urgencias

Pero también se habla de **necesidades y urgencias** en el campo de la formación. En distintas partes del Documento de Aparecida, los Obispos expresan las urgencias formativas de la Iglesia en este momento de la historia:



- la formación inicial y permanente de los presbíteros, en sus cuatro dimensiones humana, espiritual, intelectual y pastoral (194, 200);
- un mayor espíritu misionero y una mayor formación en el clero (100);
- los padres deben tomar nueva conciencia de su gozosa e irrenunciable responsabilidad en la formación integral de sus hijos (118);
- los mejores esfuerzos de las parroquias, en este inicio del tercer milenio, deben estar en la convocatoria y en la formación de laicos misioneros (174);
- se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión (202);
- se hace urgente una sólida formación doctrinal, pastoral, espiritual y un adecuado acompañamiento para dar testimonio de Cristo en el ámbito de la vida social, económica, política y cultural (212);
- los diáconos permanentes deben recibir una adecuada formación humana, espiritual, doctrinal y pastoral con programas adecuados, que tengan en cuenta -en el caso de los que están casados- a la esposa y su familia (207);
- el fortalecimiento de variadas asociaciones laicales, movimientos apostólicos eclesiales e itinerarios de formación cristiana, y comunidades eclesiales y nuevas comunidades, que deben ser apoyados por los pastores (214);
- hay que velar por la formación inicial y permanente de los consagrados y consagradas (222).

3.3. Respuestas pertinentes de los Institutos de Formación

Cuando en el II Encuentro se intentaba responder esta pregunta, se decían cuatro cosas:

- “Muchas veces, nuestros procesos de formación no se elaboran desde la perspectiva del destinatario de la misma, desde sus necesidades concretas, y desde su contexto histórico social”⁷.
- “Los programas formativos, generalmente, están centrados en el desarrollo de contenidos, descuidando los procesos de cambio y transformación personal y social”⁸.

⁷ IIEnclTP 2.5.

⁸ Idem.



- “La formación que ofrecemos, muchas veces, no toma suficientemente en cuenta los graves problemas sociales que amenazan la vida de los pueblos latinoamericanos”⁹;
- “En los procesos formativos no se favorecen los cambios profundos que requiere nuestra sociedad”¹⁰.

4. Institutos de formación al estilo de Jesús

¿Jesús organizó un centro de formación con sus discípulos y discípulas?

La respuesta es negativa si pensamos en un instituto formal. Pero, si examinamos cuál fue la principal actividad de Jesús en su vida pública, concluiremos que la formación de sus discípulos ocupó buena parte de sus desvelos.

4.1. Maestros al estilo de Jesús

No hay duda que uno de los pilares de un instituto teológico pastoral es el equipo de docentes. Y si queremos tener educadores al estilo de Jesús, debemos centrar nuestra atención en la figura del Maestro, quien, en una primera mirada, tenía las características de un maestro de su tiempo. Es llamado *rabbí* como se designaba a los escribas que habían cursado largos años de estudio. Pedro lo llama así en el momento de la transfiguración, “*Rabbí*, bueno es estarnos aquí” (Mc 9,5), y junto a la higuera seca (11,21); lo mismo hace el ciego de Jericó: “*Rabbuní*, ¡que vea!” (Mc 10,51); y Judas con el beso de la traición (14,45). Sin embargo, la palabra *Rabbí*, significa grande, potente, literalmente “mi grande”, y es más un título de prestigio, semejante al latín *magíster*, “el que es más”. En tiempos de Jesús se llamaba así a personas sobresalientes por su sabiduría y prudencia. Por eso, a Jesús no le agradaba este título de honor, como se puede ver en Mateo: “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar ‘*Rabbí*’ porque uno solo es vuestro Maestro (*didáskalos*); y vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8).

⁹ II EncI TP 2.8.

¹⁰ Idem.



Jesús es un maestro (*didáskalos*) con un grupo de discípulos (*mathetái*) a su alrededor, igual que los maestros de su época. El *didáskalos*, en la práctica rabínica, es el que expone la voluntad divina, el que señala el camino de Dios, según las Escrituras. Los discípulos, a su vez, se comportan como los discípulos de los demás maestros: preparan la embarcación (Mc 3,9); reman en la barca (4,35ss); acompañan al maestro (5,37ss); distribuyen los alimentos (6,37ss); consiguen el burro (11,1); hacen los preparativos para la Pascua (14,12ss).

Jesús predica en las sinagogas, en las plazas, en el templo, como hacían los maestros de Israel. Al iniciar su actividad pública, Jesús “al llegar el sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar” (1,21). Más adelante, en una de sus tantas disputas con los escribas, “Jesús, tomando la palabra, decía mientras enseñaba en el Templo...” (12,35). Igual lo hacía al aire libre como cuando enseñaba a orillas del mar (4,1) o cuando se retiró con sus discípulos a un lugar solitario a descansar un poco y se encontró con la sorpresa de que, “al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas” (6,34).

Sin embargo, hay una serie de diferencias muy claras en la identidad de Jesús como maestro.

Jesús *habla con autoridad*: “... les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” que se limitan a interpretar la ley (Mc 1,22); expresión que se repite más adelante: “¡Una doctrina nueva expuesta con autoridad! Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen” (1,27); y se dicen unos a otros: “Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?” (4,41). Algunos fariseos y herodianos le dicen: “Maestro, sabemos que eres veraz y que no te importa por nadie, porque no miras la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios...” (Mc 12, 13-14). Todos estos hechos, unidos a los milagros, al poder de perdonar pecados (2,20) y a la soberanía sobre el sábado (2,28), iban dando a los discípulos elementos para descubrir la identidad de Jesús. Aquí se va delineando el perfil de un verdadero maestro: enseña la verdad, obra con autoridad, no hace acepción de personas, guía por el camino del Señor.

Es él quien *escoge a sus discípulos*, a diferencia de los *rabbí*, quienes eran seguidos por los oyentes que habían sido convencidos por sus enseñanzas. Esto se puede ver con claridad en los diversos llamamientos

que Jesús hace en Marcos (1, 16-20; 2, 13-14; 3, 13-19); y en el discurso de la última cena en el Evangelio de Juan: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros...” (Jn 15, 16). El Documento de Aparecida destaca esta originalidad vocacional:

“El llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad. En la antigüedad, los maestros invitaban a sus discípulos a vincularse con algo trascendente, y los maestros de la Ley les proponían la adhesión a la Ley de Moisés. Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida (cf. Jn 15, 5-15) y sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68)” (DA 131).

El tratamiento que Jesús da a sus discípulos adquiere una *connotación familiar*: “Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3,35). No sucedía lo mismo con los discípulos de otros maestros, los cuales entraban a su servicio casi como esclavos o siervos; con razón decía Jesús: “No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre, os lo he dado a conocer” (Jn 15,15).

Jesús *llama también a los niños y a las mujeres* y los considera aptos para discipulado, algo inconcebible en el mundo judío. En el caso de los niños, cuando los discípulos les riñen y quieren alejarlos, Jesús les dice; “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios” (Mc 10,14). En el caso de las mujeres, Marcos menciona a María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y a Salomé, quienes seguían a Jesús y le servían cuando estaba en Galilea, “y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén” (15, 40-41).

Los discípulos *deben seguir a Jesús hasta el final* (Lc 9,62); en el medio israelítico, el discipulado era tomado como una etapa temporal. En otras palabras, no fueron convocados para algo, sino para Alguien, con quien van a compartir la vida hasta el final.

“En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos pronto descubren



dos cosas del todo originales en la relación con Jesús. Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (cf. Mc 1, 17; 2, 14). Jesús los eligió para “que estuvieran con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3, 14), para que lo siguieran con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión” (DA 131).

Jesús desmitifica la imagen del maestro. Cuando el hombre rico se acerca a Jesús, le llama “maestro bueno”; y Jesús le responde: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios” (10, 18). Jesús trata de corregir la actitud del hombre con relación al maestro. Un maestro tiene cualidades y defectos, participa de la condición humana, está llamado a ser “bueno” como Dios, pero debe iniciar también el camino del discipulado; sin embargo, el maestro debe siempre proclamar cuál es la voluntad de Dios.

Jesús no es un maestro común y corriente. *Es ‘el Maestro’*, como Jesús mismo se designa cuando da las instrucciones para los preparativos de la Cena Pascual, dándole una significación cristológica a esta expresión (Mc 14,14).

En Marcos el *contenido del mensaje* de Jesús es la “Buena Nueva de Dios”: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (1,14-15). Y ofrece a sus discípulos una vida en abundancia (Jn 10,10).

“El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (DA 131).

Hemos dicho lo anterior porque, en un Instituto teológico pastoral, la selección de los maestros juega un papel muy importante en la formación de los participantes en los diversos programas. La calidad de la oferta educativa exige profesores muy calificados en su prepa-

ración académica. Pero esto no es suficiente. Se necesita que estén en el camino del discipulado, que su vida se haya transformado con el encuentro con Jesucristo vivo, que tengan creatividad, capacidad de escucha y cercanía con los participantes y que su compromiso pastoral y misionero sea claro y convincente. En otras palabras, se necesitan maestros al estilo de Jesús.

4.2. Una pedagogía al estilo de Jesús

Cuando se está reflexionando sobre la vocación y la misión de los institutos de formación, además de identificar el estilo del maestro que se necesita hoy, es fundamental buscar luces en la pedagogía que Jesús utilizó en el proceso formativo con sus discípulos. Un instituto de formación teológico pastoral no es un simple centro académico donde los alumnos van a recibir clases y a ilustrarse sobre determinados contenidos; sino un espacio de formación integral, que tiene en cuenta procesos pedagógicos en los que se revitaliza la identidad del creyente, se fomenta la vida en comunión, se analiza la realidad del contexto y se educa en el compromiso misionero en todos los ámbitos y con todas sus implicaciones.

Por eso, una mirada a los procesos pedagógicos que seguía Jesús en la formación de sus discípulos, nos dará luces para la renovación de los institutos de formación.

Jesús como maestro *tiene en cuenta el contexto* y parte de situaciones concretas. Jesús es, a la vez, un profeta y un maestro popular que, a partir de situaciones socio-culturales, ilumina los acontecimientos que viven los oyentes y, para ello emplea, no conceptos abstractos sino parábolas, comparaciones e imágenes sensibles de la vida cotidiana, a fin de tener un encuentro directo con sus discípulos.

Jesús examina esa realidad *a la luz de la Palabra de Dios*. Para Jesús fue muy importante la lectura atenta, la asimilación y la vivencia de la Palabra de Dios, lo cual es evidente en su oración sálmica y en el diálogo y en las discusiones que mantiene con fariseos y saduceos.

Jesús invita a María al discipulado y *María nos conduce a Jesús*. Jesús le señala a María, su Madre, y a sus familiares más cercanos,



los nuevos derroteros de familiaridad: el que cumple la voluntad de Dios, “ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3, 31-35). Y María tomó muy en serio este seguimiento discipular, sin dejar su acompañamiento materno, perseverando junto a los apóstoles a la espera del Espíritu (cf. Hch. 1, 13-14), cooperando en el nacimiento de la Iglesia e imprimiéndole el sello mariano que le da un sabor nuevo a nuestra vida de creyentes.

Jesús, desde el inicio, se nos da como el pan de la vida y *nos alimenta en el camino con la Eucaristía*. Después de la muerte y resurrección de Jesús, los dos discípulos que van a Emaús, desesperanzados, de pronto “abren los ojos” y lo reconocen, al partir el pan (Lc 24,31). Con razón, Aparecida nos dice que “la Eucaristía es **el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo**”. Y nos exhorta para que nuestra vida adquiriera verdaderamente una forma eucarística, ya que en cada Eucaristía, los cristianos celebramos y asumimos el misterio pascual, participando en él. (Cf DA 251).

Jesús lleva una intensa *vida de oración*: íntima comunión con el Padre. Jesús nos mostró, en su propia vida, lo que es orar. Para nosotros, como discípulos misioneros de Jesús, como decía Juan Pablo II “es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del Maestro”¹¹.

Jesús invita al seguimiento, iluminado con la *pedagogía de la cruz*. Jesús se preocupa por la formación permanente de sus discípulos, la cual no consiste en una simple asimilación intelectual de determinados contenidos, sino, ante todo, en caminar con Él por los senderos del seguimiento que conduce a Jerusalén, que no es otro que el camino de la cruz. “*El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la cruz: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga” (Mc 8, 34)” (DA 140)*.

Jesús incorpora a sus discípulos a su grupo: *vida de comunión de amigos*. La vida comunitaria es un elemento esencial de la identidad del discípulo de Jesús, quien llama para estar con él y con el grupo de sus seguidores. Desde el primer momento, cuando llama a los Doce,

¹¹ NMI 33.

los crea como el nuevo Pueblo de Dios “para que estuvieran con él” (3,14); en un segundo momento, para enviarlos a predicar (3, 14b) con el poder de expulsar demonios (3,15). Así, la finalidad es “ser de Él”, formar parte “de los suyos” y participar de su misión.

Jesús une *teoría y práctica* con miras a una formación integral. Existe una estrecha conexión entre la teoría y la práctica, entre la enseñanza y la acción en la vida de Jesús y en el proceso pedagógico que seguía con los discípulos y con la gente en general.

Jesús promueve la *liberación de la persona* a partir de una actitud libre y liberadora. Jesús se presenta libre frente a su propia familia, frente a los escribas y fariseos, frente al poder político y frente a las riquezas. A su vez, los Evangelios nos presentan a un Jesús que libera del pecado, de la enfermedad, del miedo, del demonio y de la muerte. Por eso Aparecida nos dice que “Él es el único Liberador y Salvador que, con su muerte y resurrección, rompió las cadenas opresivas del pecado y la muerte, que revela el amor misericordioso del Padre y la vocación, dignidad y destino de la persona humana” (DA 6).

Jesús estimula el *diálogo* como un camino pedagógico del seguimiento. En los Evangelios, Jesús le da prelación al diálogo en los procesos formativos que seguía con sus discípulos. El diálogo de Jesús con sus discípulos es permanente. Con frecuencia se reúne con ellos en una casa (Mc 7,17; 9,28; 9, 33; 10,10) o se separa de la gente (Mc 4,10; 13,3), para preguntarles sobre sus actitudes o para responder sus interrogantes e instruirlos sobre el significado de las parábolas.

Jesús emplea la *controversia* para hacer claridad sobre su propuesta evangélica. Jesús no teme la controversia; por el contrario, hace uso de ella para clarificar los contenidos y la praxis de su enseñanza frente al judaísmo tradicional. En Aparecida los Obispos propusieron el aprendizaje de una apologética renovada, ya que el discípulo misionero necesita dar razón de su fe, diciendo la verdad en la caridad:

“Hoy se hace necesario rehabilitar la auténtica apologética que hacían los padres de la Iglesia como explicación de la fe. La apologética no tiene porqué ser negativa o meramente defensi-



va per se. Implica, más bien, la capacidad de decir lo que está en nuestras mentes y corazones de forma clara y convincente, como dice San Pablo “haciendo la verdad en la caridad” (Ef. 4, 15). Los discípulos y misioneros de Cristo de hoy necesitan, más que nunca, una apologética renovada para que todos puedan tener vida en Él” (DA 229).

Jesús denuncia las situaciones de pecado, tanto personales como estructurales. Jesús denuncia, en primer lugar a las instituciones que sacrifican la dignidad del ser humano, como es el caso de la sinagoga, las tradiciones farisaicas de la observancia del sábado. En segundo lugar, Jesús denuncia los pecados personales, comenzando por los errores de sus propios discípulos, como es el caso de Pedro y Juan.

Jesús promueve la *inclusión*, dándole un sentido universal de la salvación. En una sociedad clasista, Jesús asume siempre una actitud inclusiva con las mujeres, los niños, los pecadores, los enfermos, las personas de otras “confesiones”..., los cuales eran despreciados y excluidos de la vida política, social, cultural e, incluso, religiosa de Israel.

Jesús se preocupa por los pequeños y hace una definida *opción por los pobres*. La actitud inclusiva de Jesús hace que preste atención a todos. Sin embargo, a Jesús se le encuentra especialmente con los más pobres de su tiempo. La misma presencia de las mujeres se sitúa en el contexto de la entrega de Jesús a los débiles y despreciados, junto con los pecadores, los enfermos y los niños.

Jesús estimula la *revisión crítica* en un ambiente de comunión gozosa. En el proceso de formación, después de la praxis apostólica, los discípulos se reúnen nuevamente con Jesús y le cuentan todo lo que han hecho y enseñado (Mc 6,30), realizando así una revisión crítica de todo lo que ha sucedido. Esa revisión se hace en un ambiente de comunión gozosa para valorar los logros, corregir las actitudes defectuosas y fortalecer el compromiso, relanzando las redes en el nombre del Señor.

En conclusión, uno de los objetivos vocacionales de un instituto de formación es el fortalecimiento de la identidad del discípulo, te-

niendo en cuenta el contexto socio-cultural en que se desenvuelve su vida. Se trata de una formación que estimule el estudio de la realidad a la luz de la Palabra de Dios y esté animada por una intensa vida de oración que conduzca a una íntima comunión con el Padre. La formación, para que sea válida y pertinente para el mundo de hoy, debe incorporar a los formandos en una vida de comunión de amigos, a fin de crear el ambiente de aprendizaje ideal para una preparación integral que una teoría y práctica y promueva una actitud libre y liberadora. Para lograr estos objetivos, los procesos de formación deben tener en cuenta el diálogo como camino pedagógico del seguimiento de Jesús, la denuncia de las situaciones de pecado, tanto personales como estructurales, la controversia académica para hacer claridad sobre la propuesta evangélica, la revisión crítica en un ambiente de gozo fraterno, todo esto dentro del marco inclusivo de la opción preferencial por los pobres, que le da una dimensión universal al llamado a la salvación.

Si quisiéramos hacer una síntesis de todo lo anterior, tendríamos que centrar nuestra mirada en Jesús, el Maestro, cuyo estilo es emblemático para los formadores:

“Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Cristo nos da el método: “Vengan y vean” (Jn 1, 39), “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). Con Él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros. Con perseverante paciencia y sabiduría, Jesús invitó a todos a su seguimiento. A quienes aceptaron seguirlo, los introdujo en el misterio del Reino de Dios, y, después de su muerte y resurrección, los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu. Su estilo se vuelve emblemático para los formadores y cobra especial relevancia cuando pensamos en la paciente tarea formativa que la Iglesia debe emprender, en el nuevo contexto sociocultural de América Latina”. (DA 276).

Teniendo en cuenta las anteriores reflexiones, vamos a hacer algunas anotaciones puntuales sobre la misión de los institutos teológico pastorales, a la luz de Aparecida.



5. Formación de discípulos en y para un nuevo contexto

5.1. Jesús formó a sus discípulos en un contexto determinado

Como decíamos arriba, Jesús vivía el diario acontecer con su pueblo y, a partir de esta experiencia cotidiana, que no solo era un recurso pedagógico sino parte de la enseñanza misma, formaba a sus discípulos y a las gentes que lo seguían.

5.2. El Instituto de formación como Observatorio de la realidad

Un instituto de formación debe ser, en primer lugar, como un OBSERVATORIO, es decir, un centro de pensamiento que sale al encuentro con la realidad múltiple y compleja en que vivimos y examina lo que ha pasado, lo que está pasando y lo que posiblemente va a pasar. Esto exige una actitud abierta ante el conocimiento, estimuladora de la investigación, sensible en el análisis y con capacidad crítica y autocrítica.

5.3. El mundo ha cambiado

Aparecida constata una realidad inapelable: el mundo ha cambiado, especialmente a partir del gran fenómeno de la *globalización* que impacta “la cultura, la economía, la política, las ciencias, la educación, el deporte, las artes y también, naturalmente la religión” (DA 35). En efecto, “la novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero” (DA 34). Sin embargo, este tipo de globalización que se está imponiendo en el mundo no es capaz de responder a las exigencias de equidad, de respeto por la dignidad humana y de búsqueda de valores esenciales como la justicia, la verdad y el amor (Cf DA 61). Fácilmente podemos encontrar en América Latina la miseria más extrema junto a las más grandes manifestaciones de riqueza; el analfabetismo digital junto a la tecnología más avanzada.

América Latina y El Caribe tiene una enorme diversidad cultural. Podemos hablar de las culturas indígenas, afroamericanas, mestizas, campesinas, urbanas y suburbanas. Las migraciones han enriquecido el panorama cultural con las tradiciones europeas y asiáticas (Cf DA 56).



En el campo antropológico, se está diluyendo la concepción integral del ser humano, favoreciendo más bien un subjetivismo individualista que aleja del compromiso solidario en la construcción de una sociedad equitativa. El sentido ético de la vida se ha desdibujado ante la arremetida del mercado unipolar, guiado únicamente por los criterios de la eficacia, de la rentabilidad, de la ganancia fácil y de los resultados pragmáticos inmediatos.

En el campo político han surgido nuevos actores sociales: los indígenas, los afro-descendientes, las mujeres, los sectores sociales excluidos. Ya en el segundo encuentro de Institutos se decía:

“En América Latina están surgiendo *nuevas realidades sociales* y *nuevos “sujetos sociales”* como destinatarios de la acción evangelizadora de la Iglesia, que demandan de los Institutos de Teología y Pastoral, nuevas alternativas de formación y atención. Un ejemplo de esto es el nuevo rol que asume actualmente la mujer en la sociedad latinoamericana y que la Iglesia todavía no ha asumido en su totalidad”¹².

Sin embargo, en lo político “vemos con preocupación el acelerado avance de diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática que, en ciertas ocasiones, derivan en regímenes de corte neo-populista. Esto indica que no basta una democracia puramente formal, fundada en la limpieza de los procedimientos electorales, sino que es necesaria una democracia participativa y basada en la promoción y respeto de los derechos humanos. Una democracia sin valores, como los mencionados, se vuelve fácilmente una dictadura y termina traicionando al pueblo” (DA 74).

5.4. El mundo religioso ha cambiado

No hay duda que el cristianismo en el mundo sigue siendo la religión mayoritaria. Según estima el estudio realizado por el diario francés *Le Monde* y la revista *La Vie*¹³, el cristianismo pasará de 2.000

¹² IIEncITP 2.1.

¹³ Los resultados de la investigación fueron publicados bajo el título “El Atlas de las Religiones” y con el subtítulo “Las claves del mundo que viene”. La obra hace una presentación histórico doctrinal y presenta una ubicación geográfica de las diferentes



millones que tiene en este momento a 3.052 millones en el año 2050. En el cristianismo se ha dado el fenómeno de un desplazamiento desde Europa, que durante siglos tuvo el mayor número de fieles y ahora solo concentra el 25%, hacia los países en desarrollo, especialmente hacia América y África. Solo en América el cristianismo cuenta con más de 800 millones de fieles, 275 en América del Norte y 530 en América Latina y El Caribe. En el campo cristiano, el protestantismo evangélico es el que ha crecido de manera más significativa y ha incidido con mayor fuerza en la construcción de una nueva identidad religiosa.

En otras regiones del mundo, el cristianismo crece de manera diferente. En el África se está dando un rápido crecimiento; ya, en este momento, cuenta con 300 millones de fieles sobre una población de 800 millones. En la India, aunque sigue siendo minoritario, el cristianismo goza de una gran capacidad de convocatoria y se afianza en amplios sectores de la población. En la China, en medio de un entorno político hostil, es muy minoritario, pero se está viviendo un lento crecimiento con una gran calidad en su práctica de fe. Finalmente, como dato que hace reflexionar, en los lugares de Tierra Santa, cuna del cristianismo, la fe en Jesucristo ha ido disminuyendo por los conflictos y luchas de poder en la región.

Al interno de la Iglesia Católica en América Latina y El Caribe se observan signos positivos como la mayor preocupación por el conocimiento de la Palabra de Dios; el crecimiento de las manifestaciones de la religiosidad popular; el gran trabajo que realizan los sacerdotes, religiosos y agentes pastorales; la abnegada entrega de misioneros y misioneras en la obra evangelizadora, incluyendo la promoción humana; la renovación pastoral que se viene dando en diócesis y parroquias; el interés de los laicos por su participar como misioneros en la vida eclesial y social. (Cf DA 99).

religiones. Luego, le da una mirada panorámica al tema religioso, desde la óptica de la demografía, de las redes interreligiosas por la paz y desde la participación de la mujer. Plantea igualmente algunas situaciones coyunturales, fruto de fundamentalismos e intolerancias, como los conflictos del Medio Oriente, los enfrentamientos entre católicos y protestantes, la división entre sunitas y chiitas y los hechos terroristas del 11 de septiembre. Finalmente, analiza la presencia de las religiones en cada uno de los continentes, deteniéndose en algunos países.



Unido a estos elementos esperanzadores, es importante constatar el débil crecimiento porcentual de la Iglesia, el cual no ha ido a la par con el crecimiento poblacional; los intentos de diversos sectores por volver a una eclesiología, a una espiritualidad y a una liturgia contrarias al espíritu del Concilio Vaticano II; el escaso acompañamiento que se viene dando a los laicos en su formación cristiana y en sus tareas de servicio a la sociedad; el poco ardor y la falta de novedad en métodos y expresiones en el proceso de la “Nueva Evangelización”; los lenguajes eclesiales poco significativos para las culturas de hoy; la pérdida del sentido trascendente de la vida en diversos sectores de la población; los escándalos de sacerdotes y personas consagradas que han afectado seriamente la credibilidad de la Iglesia.

Un instituto de formación teológica y pastoral tiene que responder a todos estos problemas, ofreciendo programas que renueven a los agentes pastorales en su identidad carismática, en los procesos de construcción de comunidades vivas y dinámicas, en los modelos pedagógicos de formación de líderes y en contenidos y métodos creativos que les permitan llegar hasta los más alejados.

6. Institutos teológico pastorales que promuevan una formación integral, a la luz de Aparecida. Una lectura comentada del número 280 de Aparecida

La principal tarea de un instituto teológico-pastoral es la formación integral de los agentes dinamizadores de la acción misionera eclesial. Aparecida, apelando a la inolvidable y siempre actual *Evangelii nuntiandi*, dice que no se debe hacer el envío de misioneros tristes y desalentados, impacientes o ansiosos:

“... ojalá el mundo actual – que busca a veces con angustia, a veces con esperanza – pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo” (DA 552; EN 80).

El perfil del discípulo misionero está claramente explicitado en Aparecida. Las principales cualidades sugeridas son: gratitud, alegría,



testimonio de proximidad, cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir (Cf. DA 363).

En la formación “no se trata sólo de *saber* lo que Dios quiere de nosotros, de cada uno de nosotros en las diversas situaciones de la vida. Es necesario *hacer* lo que Dios quiere: así como nos lo recuerdan las palabras de María, la Madre de Jesús, dirigiéndose a los sirvientes de Caná: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5). Y para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser *capaz* y hacerse *cada vez más capaz*. Desde luego, con la gracia del Señor, que no falta nunca, como dice San León Magno: «¡Daré la fuerza quien ha conferido la dignidad!»; pero también con la libre y responsable colaboración de cada uno de nosotros”¹⁴.

6.1. La formación, camino de conversión y medio para la fidelidad

La formación es un “camino de conversión y medio para la fidelidad”¹⁵, lo cual exige un permanente trabajo sobre la propia persona y un continuo proceso que tenga en cuenta, tanto la vida espiritual del discípulo, como la vida comunitaria, la capacitación intelectual y la proyección de servicio a la comunidad.

En este proceso de conversión, es importante tener en cuenta la pedagogía de Jesús, aplicada a los tiempos actuales, a fin de proporcionarle una preparación integral en el camino de fidelidad en el seguimiento del Señor. En el número 280 de *Aparecida* se tienen en cuenta cuatro dimensiones: humana comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera. Pero advierte que estas dimensiones deberán ser integradas armónicamente a lo largo de todo el proceso formativo¹⁶.

En efecto, en el proceso de formación, aunque en algún momento se haga más énfasis en una dimensión que en otra, las cuatro, siguiendo el principio de *totalidad*, deben estar presentes simultáneamente en

¹⁴ ChL 58.

¹⁵ SD 72.

¹⁶ Cf. DA 280; PDV 61.

todas las etapas, en perfecta armonía pedagógica, teniendo como eje articulador la dimensión espiritual, a fin de lograr lo que se pretende: la formación de discípulos con la debida madurez humana, un espíritu evangélico bien cimentado y una estrecha relación con Cristo.

La propuesta que estoy haciendo en estas reflexiones es la de potenciar el desarrollo de cada una de las dimensiones de la persona, siguiendo determinados dinamismos. Un dinamismo es una energía vital que estimula el desarrollo de cada una de las dimensiones y desata una serie de potencialidades que estimulan, a su vez, el crecimiento de las otras áreas de la personalidad. Un dinamismo debe reunir, como mínimo, tres características: eficacia, movilidad, agilidad. "La imagen evangélica de la vid y los sarmientos nos revela otro aspecto fundamental de la vida y de la misión de los fieles laicos: *La llamada a crecer, a madurar continuamente, a dar siempre más fruto*"¹⁷.

La dimensión **humano-comunitaria** se propone formar personalidades equilibradas, sólidas y libres. Para lograr esta finalidad, la dimensión humana comunitaria debe estar potenciada por los dinamismos de la *solidaridad* y la *participación*, a partir de la pedagogía de la encarnación solidaria del Hijo que se hace partícipe de la condición humana y que trae una propuesta de salvación para todos.

La dimensión **espiritual** estimula a los discípulos a vivir plenamente la santidad y dar testimonio de ella, dentro de los dinamismos de la *comunión* y de la *intimidad con Dios*, a partir de la pedagogía del encuentro con Jesucristo vivo.

La dimensión **intelectual** orienta al discípulo en el amor y la búsqueda de la verdad y del bien, a fin de que sepa dar razón de su fe y de su esperanza, siguiendo los dinamismos de la *inteligencia de la fe* y del *diálogo fe-cultura*, a partir de una pedagogía de la fe y del diálogo creador.

La dimensión **pastoral y misionera** fortalece la vivencia de la caridad pastoral, dentro de los dinamismos de la *misión* y de la *inculturación*, a partir de una pedagogía del camino y de la cruz.

¹⁷ ChL 57.



Las cuatro dimensiones, con sus correspondientes dinamismos, tienen su punto de encuentro en la persona del discípulo. Por eso, las dimensiones no pueden actuar como compartimentos separados dentro del sistema de formación; cada dimensión tiene su especificidad y, a la vez, una íntima correlación con las demás dimensiones.

La conversión del creyente y la fidelidad en el discipulado solo se pueden dar si, en la formación, se tienen en cuenta las cuatro dimensiones sugeridas en Aparecida. En las dimensiones, al considerar sus dinamismos, se ve con mayor claridad las características del seguimiento del Señor.

6.2. La dimensión humana comunitaria

“Tiende a acompañar procesos de formación que lleven a asumir la propia historia y a sanarla, en orden a volverse capaces de vivir como cristianos en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior. Se trata de desarrollar personalidades que maduren en el contacto con la realidad y abiertas al Misterio”. (DA 280).

6.2.1. La formación de personas equilibradas, sólidas y libres

Si nos remontamos al Evangelio, Jesús forma a sus discípulos en esas cualidades humanas que son indispensables para la realización plena de la persona y para hacer creíble el anuncio de la Buena Nueva de la llegada del Reino de Dios. Les enseña a compartir la mesa (2,15 ss); los anima a no tener miedo (4,40; 6,50); los invita a acompañarlo en las diversas actividades de su caminar (5,37; 6, 1); les encomienda una misión y los organiza, con instrucciones precisas, para su cumplimiento adecuado (6, 7-13); los motiva a trabajar en y con la comunidad y a responder a sus necesidades concretas, tanto físicas como espirituales (6,30-44; 8, 1-9); les da una visión ecuménica y universal de su misión (9, 38-40); les ayuda a revisar sus comportamientos equivocados (8,33; 9, 33-37; 9, 42ss; 10, 33-45).

Juan Pablo II recomendaba vivamente la formación de los laicos en los valores humanos familiares y sociales:

“Finalmente, en el contexto de la formación integral y unitaria de los fieles laicos es particularmente significativo, por su acción misionera y apostólica, el crecimiento personal en los *valores humanos*. Precisamente en este sentido el Concilio ha escrito: «(los laicos) tengan también muy en cuenta la competencia profesional, el sentido de la familia y el sentido cívico, y aquellas virtudes relativas a las relaciones sociales, es decir, la probidad, el espíritu de justicia, la sinceridad, la cortesía, la fortaleza de ánimo, sin las cuales ni siquiera puede haber verdadera vida cristiana»¹⁸.

El enfoque que orienta el desarrollo de la dimensión humano-comunitaria es el seguimiento de Jesús en su plena humanidad, quien, solidario con el género humano, se hizo en todo como nosotros, excepto en el pecado.

Por eso, decíamos arriba que la dimensión humana-comunitaria se propone formar personalidades equilibradas, sólidas y libres, a ejemplo de Jesús, dentro de los dinamismos de la **solidaridad** y la **participación**, a partir de la pedagogía de la encarnación solidaria del Hijo que se hace partícipe de la condición humana y trae una propuesta de salvación para todos.

El discípulo misionero “debe procurar reflejar en sí mismo, en la medida de lo posible, aquella perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre y que se transparenta con singular eficacia en sus actitudes hacia los demás...”¹⁹. *“Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta”. (Flp 4,8).*

6.2.2. El dinamismo de la solidaridad

La solidaridad tiene su fundamento en la encarnación del Hijo de Dios, misterio en el que se unen, en forma escandalosa para la lógica del mundo, la divinidad con la humanidad. Es Dios que

¹⁸ ChL 60.

¹⁹ PDV 43.



se hace solidario con todos los seres humanos de toda la historia. Aunque en Marcos, el principio, el núcleo y el fin de su relato es la divinidad de Jesús, sin embargo, ha sido considerado el evangelista de la humanidad de Dios, de su cercanía solidaria con los hombres y mujeres del universo²⁰.

El testimonio de solidaridad de las primeras comunidades cristianas fue lo que más impresionó a los judíos y a los paganos de su tiempo (cf. Hech 2, 42-47; 4, 32-36). Por eso, la Iglesia como pueblo de Dios, como comunidad fraterna, debe ser expresión del amor misericordioso del Creador y sacramento de salvación para todos en el contexto del mundo contemporáneo. La Constitución pastoral *Gaudium et spes* establece esa relación de servicio que la Iglesia debe prestar al mundo de hoy. Desde esta óptica, la solidaridad debe entenderse como “la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”²¹. La solidaridad se expresa en el servicio y en la preocupación permanente por el otro, tanto a nivel personal como institucional. *Medellín*, al mismo tiempo que denuncia la falta de solidaridad como creadora de estructuras injustas²², anuncia gozosamente que la solidaridad humana solo puede realizarse en Cristo²³. *Santo Domingo*, cuando presenta el perfil de las mujeres y de los hombres que necesita hoy América Latina y el Caribe, anota claramente la solidaridad con todos, especialmente con quienes más sufren²⁴. *Ecclesia in America* propende, a partir del Evangelio, por una promoción de una cultura de la solidaridad²⁵.

En la formación y en la vivencia de la solidaridad, el discípulo de Jesús debe considerar diversos niveles: solidaridad consigo mismo, que implica auto-conocimiento, auto-estima, auto-cuidado;

²⁰ Cf. DÍAZ MATEOS, Manuel. La solidaridad de Dios. Lima: Centro de Espiritualidad Ignaciana, 1996, p. 71-99.

²¹ Sollicitudo rei socialis- SRS 38.

²² Medellín 1,2.

²³ Medellín 2,14.

²⁴ SD 32. Las otras cualidades son: la capacidad de escucha con un corazón bueno y recto, la conversión de corazón, el trato íntimo con Dios como Padre, el reconocimiento de los hermanos, la libertad que da la Verdad. La solidaridad, juntamente con la promoción de la justicia y el destino universal de los bienes, se convierte en un valor indispensable en la doctrina social de la Iglesia. Cf. SD 169.

²⁵ EAm 52.

solidaridad con los otros, que se expresa en la ayuda mutua, en la responsabilidad por el otro, en la vida comunitaria; solidaridad con la naturaleza: protección del medio ambiente.

6.2.3. *El dinamismo de la participación*

En la formación humana-comunitaria, la solidaridad va estrechamente unida con la participación. En efecto, el fortalecimiento de la identidad de la persona, que conlleva un modo original y único de *estar-en-el-mundo*, exige su participación activa como sujeto²⁶, lo cual va a incidir en la construcción tanto de la comunidad humana como de la comunidad eclesial.

En la comunidad humana, un modelo de sociedad justa y equitativa, debe estar caracterizado por la participación de todos los ciudadanos y por su ordenamiento al servicio de las personas²⁷. La Iglesia, por su parte, es una comunidad organizada de discípulos y discípulas de Jesús, quienes, a partir del don de la fe, recibido en el bautismo, contribuyen activamente en su edificación y crecimiento, de acuerdo con la multiforme variedad de carismas que han recibido del Espíritu Santo. La Iglesia es ontológicamente ministerial y, por tanto, todos sus miembros tienen el deber y el derecho de participar en su vida y misión²⁸.

Todo en la Iglesia, en el contexto de la comunión, es participación. El sacerdocio bautismal es participación del sacerdocio de Jesucristo. Uno de los encargos que se le hace a los presbíteros es el de promover la participación de todos los miembros de la comunidad eclesial, de acuerdo con sus carismas, servicios y ministerios.

²⁶ Comissao Nacional de Presbíteros. Presbíteros do Brasil. Construindo historia. Sao Paulo: Paulus, 2001, p. 96.

²⁷ Cf. PABLO VI, Carta para la celebración de la XXX Semana Social de España, 1976. Pablo VI cita, en este campo, a Pío XII: "los ciudadanos de cada Estado no se nos muestran desligados entre sí, como granos de arena, sino más bien unidos entre sí en un conjunto orgánicamente ordenado, con relaciones variadas, según la diversidad de los tiempos, en virtud del impulso y del destino natural y sobrenatural" (PIO XII, *Summi Pontificatus*, 20 octubre, 1939).

²⁸ Cf. FAVALE, Agostino. Dimensión teológico-espiritual de la vida de los presbíteros. En: CENCINI A. y otros. El presbítero en la Iglesia hoy. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, p. 151.



“Los presbíteros se encuentran en relación positiva y animadora con los laicos, ya que su figura y su misión en la Iglesia no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el Pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena realización eclesial. Están al servicio de su fe, de su esperanza y de su caridad. Reconocen y defienden, como hermanos y amigos, su dignidad de hijos de Dios y les ayudan a ejercitar en plenitud su misión específica en el ámbito de la misión de la Iglesia”. (PDV 17)

Los laicos, a su vez, contribuyen a la formación de los presbíteros:

“Precisamente la participación de vida entre el presbítero y la comunidad, si se ordena y lleva a cabo con sabiduría, supone una aportación fundamental a la formación permanente, que no se puede reducir a un episodio o iniciativa aislada, sino que comprende todo el ministerio y vida del presbítero”²⁹.

Por tanto, la formación de los discípulos de Jesús debe tener en cuenta que la meta a la que está dirigido este proceso es la participación en el sacerdocio de Jesucristo, para dinamizar la vida y la misión de la Iglesia³⁰.

En el proceso de formación de los agentes pastorales se exige la *participación* de todos en la buena marcha de los grupos de acción y de vida, con una clara proyección a la transformación de sus propias comunidades locales. El Papa Juan Pablo II, dirigiéndose a los jóvenes, les decía: “Un mundo de justicia y de paz no puede ser creado sólo con palabras y no puede ser impuesto por fuerzas externas. Debe ser deseado y debe llegar como fruto de la participación de todos. Es esencial que todo hombre tenga un sentido de participación, de tomar parte en las decisiones y en los esfuerzos que forjan el destino del mundo”³¹.

4.3. Dimensión espiritual

“Es la dimensión formativa que funda el ser cristiano en la experiencia de Dios, manifestado en Jesús, y que lo conduce por el

²⁹ PDV 78.

³⁰ Cf. PDV 11.

³¹ JUAN PABLO II, Jornada Mundial por la Paz, 1985.



Espíritu a través de los senderos de una maduración profunda. Por medio de los diversos carismas, se arraiga la persona en el camino de vida y de servicio propuesto por Cristo, con un estilo personal. Permite adherirse de corazón por la fe, como la Virgen María, a los caminos gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos de su Maestro y Señor” (DA 280 b).

6.3.1. El encuentro personal con Jesucristo vivo

Juan Pablo II, en la Exhortación Postsinodal *Christifideles Laici* destacó la urgencia de la formación espiritual de los fieles laicos, haciendo énfasis en la intimidad con Jesús y en la vida de comunión con los demás:

“Sin duda la formación *espiritual* ha de ocupar un puesto privilegiado en la vida de cada uno, llamado como está a crecer ininterrumpidamente en la intimidad con Jesús, en la conformidad con la voluntad del Padre, en la entrega a los hermanos en la caridad y en la justicia. Escribe el Concilio: «Esta vida de íntima unión con Cristo se alimenta en la Iglesia con las ayudas espirituales que son comunes a todos los fieles, sobre todo con la participación activa en la sagrada liturgia; y los laicos deben usar estas ayudas de manera que, mientras cumplen con rectitud los mismos deberes del mundo en su ordinaria condición de vida, no separen de la propia vida la unión con Cristo, sino que crezcan en ella desempeñando su propia actividad de acuerdo con el querer divino» (AA 4)³².

En la línea de Aparecida, el enfoque de la formación espiritual tiene como punto de partida el seguimiento de Jesús, Maestro y Buen Pastor, con miras a una plena configuración con Él, expresión máxima de la santidad. La dimensión espiritual estimula, por tanto, a los discípulos a vivir su vocación a la santidad y dar testimonio de ella, dentro de los dinamismos de la *comunión* y de la *intimidad con Dios*, a partir de la pedagogía del encuentro con Jesucristo vivo.

En la medida en que los agentes pastorales descubran su vocación, se sentirán más urgidos de formación con miras a la misión:

³² ChL 60.



“La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión”³³.

En este contexto, la formación *espiritual* es el eje integrador de la personalidad en Jesucristo, que plenifica la dimensión humana, ilumina la inteligencia para comprender los contenidos de la fe y hace idóneos a los agentes pastorales para desarrollar los carismas que han recibido y para desempeñar fructuosamente las responsabilidades profesionales y los servicios pastorales. La formación *humana*, desarrollada en el contexto de una antropología integral, se abre y se complementa con la formación espiritual. Todo ser humano ha sido llamado a la vida; pero también está llamado a una vida de fe, a ser regenerado “por el agua y el Espíritu Santo” (cf Jn 3,5)³⁴. La formación *intelectual*, al mismo tiempo que estimula la reflexión científica sobre los saberes filosóficos, teológicos y otros campos del conocimiento, introduce al discípulo en el camino del seguimiento del Señor, a través de la progresiva incorporación en el misterio de Cristo y de la Iglesia, en la caridad pastoral. La formación *pastoral*, por su parte, apunta al objetivo principal de un instituto teológico pastoral que es formar agentes pastorales idóneos, para lo cual es indispensable una íntima comunión con Dios y una vida al estilo de Jesús Buen Pastor.

Siendo la formación espiritual el eje unificador e integrador de todas las demás dimensiones, es fundamental que se diseñen itinerarios de crecimiento en la vida interior y se establezca una adecuada coordinación de actividades entre las mencionadas dimensiones.

6.3.2. El dinamismo de la intimidad con Dios

Los discípulos son llamados a “estar permanentemente con él”, es decir, a compartir la **intimidad** del Maestro, (Mc 3,14). En el transcurso de la predicación de la Buena Nueva, los discípulos eran invitados por Jesús para estar a solas, lejos de la muchedumbre (3,9; 4,36; 6,31; 7,17). Este trato íntimo y prolongado con Jesús se convierte

³³ ChL 58.

³⁴ Cf. PDV 45.

en una condición necesaria para el ministerio apostólico; en efecto, antes de ser enviados a predicar y curar, son llamados a estar con él y esa relación de profunda intimidad se prolonga a través de toda la narración marcana³⁵.

La *intimidad* es, en el camino del seguimiento, esa unión estrecha con Jesús que se fortalece con la oración, con la lectura meditada de su Palabra, con la Eucaristía, con el servicio a los hermanos y con la comunión eclesial.

La dimensión espiritual, en el itinerario de la formación de los agentes pastorales, debe tener como contenidos básicos el trato familiar y asiduo con el Padre por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo; la unión íntima con Cristo Maestro y Buen Pastor, a quien los agentes pastorales se van a configurar; la vivencia del misterio pascual, de tal manera que sepan iniciar en él al pueblo cristiano; la permanente búsqueda de Cristo en la fiel meditación de la Palabra de Dios, en la activa comunicación con los misterios de la Iglesia, sobre todo en la Eucaristía, en el Obispo, que los envía, y en los hombres y mujeres a quienes son enviados, principalmente en los pobres, los niños, los enfermos, los pecadores y los incrédulos; el amor y la veneración de filial confianza a María, primera discípula del Señor³⁶.

6.3.3. El dinamismo de la comunión con Dios y con los demás

La vida espiritual es, en una primera instancia, vida de intimidad con Dios, que se expresa en la oración y la contemplación. En una segunda instancia, de ese encuentro con Dios, nace “la exigencia indeclinable del encuentro con el prójimo, de la propia entrega a los demás, en el servicio humilde y desinteresado que Jesús ha propuesto a todos como programa de vida en el lavatorio de los pies a los apóstoles: «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13, 15)”³⁷.

El encuentro con Dios y el encuentro con los hermanos están íntimamente relacionados, ya que solamente en la intimidad y en la

³⁵ Cf. PDV 60.

³⁶ Cf. PDV 45.

³⁷ PDV 49.



adoración del Padre, el discípulo se libera de otras absolutizaciones y de todo tipo de esclavitud; y le permite abrirse al encuentro con los otros como hermanos y hermanas³⁸.

La identidad misma de la Iglesia es necesario verla desde la iniciativa trinitaria que la funda como comunión, articulada en la variedad de los dones y de los servicios³⁹. El principio que debe animar la *comunión* se expresa en la fórmula que el Santo Padre recordaba a los Obispos de Brasil la fórmula agustiniana: "*in necessariis unitas, in dubiis libertas, in ómnibus caritas*"⁴⁰.

La Iglesia es, por esencia, comunal; y esa comunión debe expresarse en todos los niveles: en la familia, como Iglesia doméstica; en la parroquia, como comunidad de comunidades; en la diócesis, como Iglesia particular; y en las diversas instancias regionales y universales que encuentran su centro de unidad en el Obispo de Roma.

En esta vida de comunión encuentra el agente de pastoral, discípulo del Señor, el sentido de su servicio eclesial a la comunidad cristiana. Por eso, la santidad de los agentes pastorales es funcional a la de los otros fieles, ya que pone a disposición de la Iglesia todos sus carismas para que llegue a ser un 'pueblo santo', un 'reino de sacerdotes'. En otras palabras, la santidad del agente de pastoral es significativa en la medida en que se pone al servicio de la santidad de la comunidad eclesial.

4.4. Dimensión intelectual

"El encuentro con Cristo, Palabra hecha Carne, potencia el dinamismo de la razón que busca el significado de la realidad y se abre al Misterio. Se expresa en una reflexión seria, puesta constantemente al día a través del estudio que abre la inteligencia, con la luz de la fe, a la verdad. También capacita para el discernimiento, el juicio crítico y el diálogo sobre la realidad

³⁸ ANDRÉS, Antonio. Escuchar a Dios, entender a los hombres y acercarme a los pobres. Madrid: Acción Cultural Cristiana, 1990, p. 8-9.

³⁹ Cf. FORTE, Bruno. Jesús de Nazareth, historia de Dios, Dios de la historia. Ensayo de una cristología como historia. Madrid: Paulinas, 1983, p. 47-51.

⁴⁰ JUAN PABLO II, Natal, 13 de Octubre de 1991.



y la cultura. Asegura de una manera especial el conocimiento bíblico teológico y de las ciencias humanas para adquirir la necesaria competencia en vista de los servicios eclesiales que se requieran y para la adecuada presencia en la vida secular".
(DA 280 c).

6.4.1. La búsqueda de la verdad en el amor

La dimensión intelectual orienta al cristiano en el amor y búsqueda de la verdad y del bien, a fin de que sepa dar razón de su fe y de su esperanza, siguiendo los *dinamismos de la inteligencia de la fe y del diálogo fe-cultura*, a partir de una pedagogía de la fe y de un diálogo creador.

La formación intelectual debe integrarse en un camino espiritual de seguimiento de Jesús como Maestro, marcado por la experiencia personal de Dios Padre, con el fin de "llegar a aquella inteligencia del corazón que sabe 'ver' primero y es capaz después de comunicar el misterio de Dios a los hermanos"⁴¹. Por eso, "la naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien"⁴².

La formación intelectual se relaciona profunda y estrechamente con las dimensiones humano-comunitaria, espiritual y pastoral misionera, "constituyendo con ellas un elemento necesario; en efecto, es como una exigencia insustituible de la inteligencia con la que el hombre, participando de la luz de la inteligencia divina, trata de conseguir una sabiduría que, a su vez, se abre y avanza al conocimiento de Dios y a su adhesión"⁴³. A su vez, la formación intelectual es gradual y sistemática de acuerdo con las etapas que va siguiendo el discípulo. En igual forma, los procesos de configuración con el Señor, además de la preparación espiritual, exigen la formación debida de los agentes pastorales en el campo intelectual.

⁴¹ PDV 51c.

⁴² GSp 15.

⁴³ PDV,51a; Cf. GSp 15.



La formación intelectual de los agentes pastorales encuentra su justificación⁴⁴ en la naturaleza misma de su sacerdocio bautismal y en las exigencias de la Nueva Evangelización; en la necesidad de dar razón de la fe y de la esperanza (cf. 1Pe 3,15); en la situación de indiferencia religiosa y de desconfianza con relación a la capacidad de la razón para alcanzar la verdad objetiva y universal; en la incertidumbre frente a los nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos; en la reafirmación del fenómeno del pluralismo, tanto en la sociedad como en la misma comunidad eclesial.

Esta formación en el campo intelectual no puede estar desvinculada de la caridad. Por eso, Juan Pablo II, en *Fides et Ratio*, recordaba la indicación de san Buenaventura, gran maestro del pensamiento y de la espiritualidad, quien en su *Itinerarium mentis in Deum* decía que “no es suficiente la lectura sin el arrepentimiento, el conocimiento sin la devoción, la búsqueda sin el impulso de la sorpresa, la prudencia sin la capacidad de abandonarse a la alegría, la actividad disociada de la religiosidad, el saber separado de la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio no sostenido por la divina gracia, la reflexión sin la sabiduría inspirada por Dios”⁴⁵.

Benedicto XVI, en su última encíclica *Caritas in Veritate*, ha presentado, en forma magistral, esta relación entre la caridad y el saber:

“La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser «sazonado» con la «sal» de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor”⁴⁶.

6.4.2. El dinamismo de la inteligencia de la fe

Jesús reclama con frecuencia a sus discípulos la falta de comprensión de los misterios del Reino: no saben leer los signos de los

⁴⁴ Cf PDV 51.

⁴⁵ FR 105.

⁴⁶ CIV 30.

tiempos, no entienden el significado de las parábolas y enseñanzas de Jesús, no conocen su identidad, tienen un concepto erróneo de su misión mesiánica, están dormidos cuando Jesús los necesita y, al final, todos huyen. Como se puede ver, Jesús tuvo una permanente preocupación por la formación intelectual de sus discípulos, quienes no lograron comprender dos pilares constitutivos de la inteligencia de la fe: reconocer en Jesús la manifestación suprema de Dios entre los hombres; y, la llegada del Reino de Dios⁴⁷.

Hoy también el discípulo de Jesús encuentra en este campo una serie de dificultades en su camino de seguimiento del Señor. Algunos de los obstáculos que actualmente inciden en la obtención de esa inteligencia de la fe son: la ignorancia religiosa; la escasa incidencia de la catequesis, sofocada por los mensajes más difundidos y persuasivos de los medios de comunicación de masas; un *pluralismo* teológico, cultural y pastoral, mal entendido; la persistencia de un sentido de desconfianza y casi de intolerancia, en algunos sectores, hacia el magisterio jerárquico; las presentaciones unilaterales y reductivas del mensaje evangélico, que transforman el anuncio y el testimonio de la fe en un factor exclusivo de liberación humana y social o en un refugio alienante en la superstición y en la religiosidad sin Dios⁴⁸. Por estos motivos,

“Se revela hoy cada vez más urgente la formación doctrinal de los fieles laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de «dar razón de la esperanza» que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas. Se hacen así absolutamente necesarias una sistemática acción de catequesis, que se graduará según las edades y las diversas situaciones de vida, y una más decidida promoción cristiana de la cultura, como respuesta a los eternos interrogantes que agitan al hombre y a la sociedad de hoy”⁴⁹.

La formación intelectual ejercita al discípulo en la gestión de investigar, analizar, discernir, emitir juicios y elaborar síntesis vitales-

⁴⁷ MESTERS, Carlos y Equipo Bíblico CRB. Seguir a Jesús: los Evangelios. Estella: Verbo Divino, 2000, p. 115.

⁴⁸ PDV 7.

⁴⁹ ChL 60.



existenciales a partir de las cuales dará razón de su fe y tendrá motivos de esperanza en medio de la comunidad eclesial a la que servirá⁵⁰.

Para obtener esa *inteligencia de la fe*, el discípulo, “participando de la luz de la inteligencia divina, trata de conseguir una sabiduría que, a su vez, se abre y avanza al conocimiento de Dios y a su adhesión”⁵¹. La inteligencia de la fe promueve, por una parte, una vivencia más íntima y una incorporación progresiva al misterio de Cristo; y por otra, una proyección evangelizadora entre los alejados y los no creyentes, lo mismo que una presencia inculturada en medio del mundo⁵².

En este contexto se ubica la vocación del teólogo “que tiene la función especial de lograr, en comunión con el Magisterio, una comprensión cada vez más profunda de la Palabra de Dios contenida en la Escritura inspirada y transmitida por la tradición viva de la Iglesia”⁵³.

En los institutos teológico pastorales se debe abrir un amplio espacio a la investigación, la cual se ejerce, naturalmente, dentro de la fe de la Iglesia, siguiendo los métodos propios de la ciencia teológica. “La libertad de investigación, a la cual tiende justamente la comunidad de los hombres de ciencia como a uno de sus bienes más preciosos, significa disponibilidad a acoger la verdad tal como se presenta al final de la investigación, en la que no debe haber intervenido ningún elemento extraño a las exigencias de un método que corresponda al objeto estudiado”⁵⁴.

6.4.3. *El dinamismo del diálogo fe-cultura*

La inteligencia de la fe debe complementarse, en la formación intelectual, con el diálogo que los discípulos de Jesús deben mantener con la cultura de cada lugar y de cada época.

⁵⁰ Cf. CADAVID, Alvaro. Dimensión intelectual de la formación sacerdotal. En: Boletín OSLAM. Bogotá. No. 41 (Jul-Dic. 2002); p. 28.

⁵¹ PDV, 51.

⁵² Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. La formación para el Ministerio Presbiteral. Madrid: Editorial EDICE, 1996, No. 91.

⁵³ Congregación para la Doctrina de la Fe. “Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo”, 6.

⁵⁴ *Ibidem*, 12.



A la Iglesia le corresponde iniciar un diálogo respetuoso, franco y fraterno con las culturas, tanto en los ambientes influenciados por la cultura postmoderna, como en los sectores indígenas, afro-americanos o mestizos, defendiendo los auténticos valores culturales de los pueblos⁵⁵. En los Evangelios se pueden descubrir dos principios educativos que Jesús empleaba en la formación de sus discípulos: por una parte, el diálogo como camino pedagógico del seguimiento y, por otra, la controversia como elemento estratégico para hacer claridad sobre su propuesta evangélica. En el medio académico, diálogo y controversia deben estar unidos, teniendo como faros orientadores la búsqueda sincera de la verdad, la construcción de un reino de justicia y la opción misericordiosa por los pobres.

Los agentes pastorales deben ser hombres y mujeres de la comunión, de la misión y del diálogo, llamados a establecer, en los diversos ambientes, relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz.

La Exhortación Postsinodal *Pastores dabó vobis* establece algunas prioridades en este diálogo, dirigidas a la formación de los futuros presbíteros, pero que tienen validez para todos los agentes pastorales: en primer lugar, el diálogo debe mantenerse con los hermanos de las otras Iglesias y confesiones cristianas; en segundo lugar, con los fieles de las otras religiones; en tercer lugar, con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, de manera especial con los pobres y los más débiles, y con todos aquellos que buscan, aun sin saberlo ni decirlo, la verdad y la salvación de Cristo⁵⁶. Además de lo anterior, se debe tener en cuenta, en la formación, el espíritu de diálogo y cooperación con asociaciones, movimientos eclesiales, caminos de espiritualidad.

6.5. Dimensión pastoral y misionera

“Un auténtico camino cristiano llena de alegría y esperanza el corazón y mueve al creyente a anunciar a Cristo de manera constante en su vida y en su ambiente. Proyecta hacia la misión de formar

⁵⁵ Cf. SD 243.

⁵⁶ Cf. PDV 18.



discípulos misioneros al servicio del mundo. Habilita para proponer proyectos y estilos de vida cristiana atrayentes, con intervenciones orgánicas y de colaboración fraterna con todos los miembros de la comunidad. Contribuye a integrar evangelización y pedagogía, comunicando vida y ofreciendo itinerarios pastorales acordes con la madurez cristiana, la edad y otras condiciones propias de las personas o de los grupos. Incentiva la responsabilidad de los laicos en el mundo para construir el Reino de Dios. Despierta una inquietud constante por los alejados y por los que ignoran al Señor en sus vidas". (DA 280 d).

6.5.1. La vivencia de la caridad pastoral en la verdad

La dimensión pastoral fortalece la vivencia de la caridad pastoral en la verdad, dentro de los dinamismos de la *misión* y de la *inculturación*, a partir de una pedagogía del camino y de la cruz.

El enfoque de esta dimensión es el seguimiento del Señor en el camino de la cruz, a través de la caridad pastoral, la cual animará y sostendrá los esfuerzos humanos de los agentes pastorales para que su acción misionera sea actual, creíble y eficaz⁵⁷. "*El amor*, es y sigue siendo la *fuerza de la misión*, y es también «el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno"⁵⁸.

Los tres adjetivos de la Exhortación apostólica PDV (actual, creíble y eficaz) cualifican la formación pastoral teniendo en cuenta el hoy de la historia, el sello de la sacramentalidad como signo creíble y la eficacia que solo la da Dios a través de la encarnación o de la inculturación como presencia amorosa del evangelio en las culturas.

6.5.2. El dinamismo de la misión

La misión que el Señor encomienda a los discípulos misioneros hoy, está enmarcada en el contexto del envío de los Doce (3,14)⁵⁹, a

⁵⁷ Cf PDV 72.

⁵⁸ RMi 60, La cita es de Isaac de Stella, Sermón 31: PL 194, 1793.

⁵⁹ Las dos únicas perícopas que, en Marcos, hacen referencia a los Doce son ésta (3,14).

quienes Marcos presenta como los primeros misioneros y a quienes Jesús les encomienda cuatro tareas: estar con Él, anunciar la Buena Nueva, expulsar demonios y estar siempre al servicio de los otros, especialmente, de los más débiles e insignificantes para el mundo.

En la formación que Jesús da a sus discípulos para prepararlos para la misión, establece una estrecha conexión entre la teoría y la práctica (1,27; 6,2.34), de tal manera que lo que se enseña o predica esté en sintonía con lo que se vive o practica. Así pues, en la misión, “praxis y teoría se relacionan en una estrecha circularidad; una teoría teológica que no llegue a la praxis está vacía, porque es en el horizonte hermenéutico vivo de la comunidad situada en la historia donde la verdad de la Palabra se descubre y puede ser concretamente vivida; por su parte, una praxis que no se encuentre orientada por la teoría está ciega y carece de discernimiento y, en consecuencia, de meta y de sentido”⁶⁰. De otro lado, en las cuatro tareas que Jesús encomienda a sus discípulos, está implícita la liberación integral de la persona, a partir de una actitud libre y liberadora como la del Maestro.

Uno de los aspectos en que se debe insistir más en la preparación pastoral en los institutos de formación es en la universalidad de la misión: por la naturaleza misma de su compromiso misionero, los agentes pastorales deben estar “animados de un profundo espíritu misionero y de un espíritu genuinamente católico que les habitúe a trascender los límites de la propia diócesis, nación o rito y proyectarse en una generosa ayuda a las necesidades de toda la Iglesia y con ánimo dispuesto a predicar el Evangelio en todas partes”⁶¹. En este sentido, solidaridad y misión están íntimamente unidas, ya que la solidaridad se expresa “en una viva dimensión misionera, que le haga poner sus preocupaciones ministeriales al servicio del mundo con su grandioso devenir y con sus humillantes pecados”⁶².

y cuando los llama al servicio (10, 43-45); en los demás lugares, Marcos los llama ‘los discípulos’, es decir, los que están en la escuela de Jesús y que constituyen el prototipo de la comunidad cristiana.

⁶⁰ FORTE, Bruno. Op. cit., p. 46.

⁶¹ PDV 18.

⁶² Medellín 11,17.



6.5.3. *El dinamismo de la inculturación*

La inculturación, como encarnación del Evangelio en las culturas, es la manera propia de llevar el Evangelio a todas las naciones y de hacer discípulos de Jesús. Misión e inculturación es un binomio, cuyos elementos se reclaman mutuamente: la realización de la misión lleva implícita la encarnación del Evangelio en las diversas culturas; y, al mismo tiempo, la inculturación introduce a los pueblos con sus valores en la dinámica de una misión universal, donde lo local y global se interaccionan para un enriquecimiento mutuo⁶³.

El tema de la inculturación enriquece la formación humana, abriendo al discípulo a la multiplicidad de valores, dones y carismas de cada pueblo; fortalece la dimensión intelectual, exigiendo un estudio riguroso de la teología, de la antropología y ciencias afines para que el proceso sea coherente con el anuncio de la Buena Nueva del Reino y el respeto a las culturas autóctonas; renueva la dimensión espiritual, volviendo a las fuentes que la relacionan con el misterio de la Encarnación del Verbo Dios en la fragilidad de la carne; y, finalmente, potencia la dimensión pastoral, haciendo realidad el mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes hasta los últimos confines de la tierra. Por eso, la PDV exige, en la formación de los candidatos al ministerio presbiteral, lo cual es válido para todos los agentes pastorales, un estudio más amplio y una particular sensibilidad en el tema de la evangelización de las culturas y de la inculturación del mensaje de la fe⁶⁴.

Conclusiones

Los institutos de formación teológico-pastoral han recibido un llamado, por parte de la Iglesia, para constituirse en espacios de crecimiento personal y comunitario en los distintos ámbitos de la vida eclesial. Su misión, acorde con su vocación, es contribuir a la formación integral de los agentes pastorales, a fin de que adquieran las competencias necesarias para aprender a vivir su existencia en el camino de seguimiento del Señor, para interiorizar y profundizar

⁶³ Cf. RMi 52; SD 230

⁶⁴ PDV 55.

las Buenas Noticias del Reino y para aprender a comunicar la vida nueva de Jesucristo a las comunidades.

Un instituto de formación debe ser, en primer lugar, como un OBSERVATORIO, es decir, un centro de pensamiento que sale al encuentro con la realidad múltiple y compleja en que vivimos y examina lo que ha pasado, lo que está pasando y lo que posiblemente va a pasar. Esto exige una actitud abierta ante el conocimiento, estimuladora de la investigación, sensible en el análisis y con capacidad crítica y autocrítica.

En segundo lugar, un instituto debe ser como un VIVERO para la formación integral de los agentes pastorales, en el cual, en condiciones especiales, se forman personalidades equilibradas y se plantan propuestas pastorales, que germinan en procesos pedagógicos adecuados, maduran en la reflexión teológica y en el intercambio de experiencias, y se fortalecen en la acción eclesial. Hay que tener en cuenta que la formación no es privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos. Por eso, es necesario “ofrecerle a todos la posibilidad de la formación, sobre todo a los pobres, los cuales pueden ser —ellos mismos— fuente de formación para todos”. De otra parte, siguiendo las sugerencias de los Padres sinodales, «Para la formación empléense medios adecuados que ayuden a cada uno a realizar la plena vocación humana y cristiana»⁶⁵.

En tercer lugar, un instituto de formación debe ser como una CASA construida sobre la ROCA DE LOS VALORES, ya que la misión principal de la formación es ayudar a los miembros de la Iglesia a encontrarse siempre con Cristo, y así reconocer, acoger, interiorizar y desarrollar la experiencia y los valores que constituyen su propia identidad y misión cristiana en el mundo⁶⁶. Todo esfuerzo formativo debe humanizar y personalizar al ser humano “cuando logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y en iniciativas de comunión con la totalidad del orden real. De esta manera, el ser humano humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia”⁶⁷.

⁶⁵ ChL 63.

⁶⁶ Cf DA 279.

⁶⁷ DA 330; DP 1025.



La formación en valores, centrada en Cristo, debe promover la *dimensión humano-comunitaria* a fin de estructurar personalidades equilibradas, sólidas y libres, siguiendo los dinamismos de la solidaridad y la participación; la *dimensión espiritual* con el fin de estimular la vivencia plena de la santidad y dar testimonio de ella, dentro de los dinamismos de la comunión y de la intimidad con Dios; la *dimensión intelectual* para orientar al discípulo en el amor y la búsqueda de la verdad y del bien, a fin de que sepa dar razón de su fe y de su esperanza, siguiendo los dinamismos de la inteligencia de la fe y del diálogo fe-cultura; y la *dimensión pastoral y misionera* para fortalecer la vivencia de la caridad pastoral, dentro de los dinamismos de la misión y de la inculturación.

En cuarto lugar, un instituto de formación debe ser como una RED que estimule la relación, la conexión, la organización y la cooperación de personas, organismos e instituciones, especialmente en los ámbitos de la *comunicación*, a fin de poner en común conocimientos, experiencias y resultados de investigaciones; de la *comunidad*, con el ánimo de fomentar la integración de personas, grupos y comunidades de diversa procedencia; y de la *cooperación* entre institutos y universidades, en programas, profesores, asistencia tecnológica y proyectos conjuntos.

En definitiva, todos los esfuerzos que se canalizan a través de un instituto de formación tienden hacia un proyecto de ser humano en el que habite Jesucristo con el poder transformador de su vida nueva. En la formación, el Evangelio debe iluminar, infundir aliento y esperanza, e inspirar soluciones adecuadas a los problemas de la existencia del ser humano. No puede haber una promoción verdadera y plena del ser humano sin abrirlo a Dios y anunciarle a Jesucristo⁶⁸.

Ese es el principal reto para los institutos de formación hoy: demostrar la capacidad de formar discípulos misioneros que vivan y comuniquen una vida nueva en Jesús.

⁶⁸ Cf DA 332-333.